

«Que solamente á Dios se adora y sirve;
 «Y que tu orgullo castigó Dios mismo.»

Huye Satan; y bajan en seguida
 Angeles mil de la celeste altura;
 Y sirven á Jesus régia comida:

Le alaban, le veneran, le bendicen!
 Y se alejan despues de la llanura.

«Aliegtan los renegidos anacos»
 «Y en sus partanos de copa y ceiba
 «Rizan su frente los soberbios Andes
 «Bañan su frente los soberbios Andes»

«Aliegtan los renegidos anacos»
 «Y en sus partanos de copa y ceiba
 «Rizan su frente los soberbios Andes
 «Bañan su frente los soberbios Andes»

«Aliegtan los renegidos anacos»
 «Y en sus partanos de copa y ceiba
 «Rizan su frente los soberbios Andes
 «Bañan su frente los soberbios Andes»

«Aliegtan los renegidos anacos»
 «Y en sus partanos de copa y ceiba
 «Rizan su frente los soberbios Andes
 «Bañan su frente los soberbios Andes»

«Aliegtan los renegidos anacos»
 «Y en sus partanos de copa y ceiba
 «Rizan su frente los soberbios Andes
 «Bañan su frente los soberbios Andes»

CAPITULO VII.

INGRATITUD DE LOS NAZAREOS.

Al dar principio Jesus á sus predicaciones, eligió para su morada ordinaria á Cafarnaun, ciudad hermosa, arrullada por los continuos tumbos de las olas del Mar de Tiberiades. Esta ciudad, separada un tanto del trato de las demas que la circundaban, se levantaba allí oscura y humilde, sin ostentacion y sin grandeza. Pero Jesus tendió hácia ella su celestial mirada; adelantó su sagrada planta por aquellas risueñas praderas que la servian de alfombra, y sus colinas chatas parecieron iluminadas por un sol mas brillante y mas puro. Cafarnaun pareció, á su sola presencia, vigorosa y rejuvenecida. Era que la gracia tocaba á sus puertas: era que el Salvador de los hombres, la distinguía con un favor tan señalado, que, andando el tiempo, seria por él envidiada de todas las ciudades del Mundo Católico.

Las avejillas eligen el árbol que ha de suspender su nido; visitan otros bosques, fuera del sitio en que aquel levanta su penacho de verdes hojas; revuelan en torno de mas bellas y corpulentas encinas; cantan en derredor de perfumados tiestos; se elevan sobre ricasimas; pero

de donde quiera que se encuentran, reconocen aquel sitio, aquel árbol á cuya sombra se balancea jugado por el viento, su pequeño y blanco nido. Así Jesus eligió á Cafarnaun.

Desde allí visitaría toda la Palestina; pero de donde quiera, y fuera la distancia á que se encontrase, volvería hácia allí, en busca de sus amados cafarnaitas, quienes le recibieron siempre á su llegada, con cariño, con docilidad y con respeto.

Cafarnaun admiró sus prodigios; y escuchando su Doctrina con religiosidad, procuró aprovecharse de ella, grabándola en su alma con los caracteres imborrables de la fé.

Pero el Salvador no olvidaba á Nazareth su patria, como no olvida la parlera golondrina, el nido que abandonó al partir en busca de mas benigno clima. ¡Es tan dulce contemplar el suelo en que nos criamos! ¡Es tan hermoso recorrer los sitios en que se deslizó nuestra infancia!

Una mañana, Jesus se dirigió á Nazareth. El dia siguiente á su llegada, era sábado, dia en que los judíos acostumbraban ir á las Sinagogas á escuchar la lectura de algun téxto perteneciente á la ley ó á los Profetas.

El Señor se acercó á una Sinagoga en que habia una multitud de gente, esperando la hora de la lectura.

Pidió permiso para leer al pueblo; y tomando un libro de Isaias, que le fué presentado por un nazareo, dió lectura á un párrafo que decia: *El espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió; para*

evangelizar á los pobres me envió; para sanar á los contritos de corazon; para predicar á los cautivos la Redencion y dar vista á los ciegos; para poner en libertad á los aprisionados; para publicar el año acepto al Señor; y el dia de la retribucion

Cuando terminó la lectura, cerró el libro y comenzó á explicar la belleza del texto, con tanta dulzura y sabiduría, que los que le oían, no pudieron ménos que quedar asombrados.

¡Era la primera vez que la verdad y hermosura de aquel texto se les presentaba tan correcta, tan clara y tan pura como entónces!

Los nazareos se sintieron orgullosos, al pensar que un hermano suyo, un hijo de Nazareth, era el que tan sábiamente ocupaba aquella cátedra, para instruirlos. Y, en medio de la admiracion que lo profundo de sus discursos les causaba, llegaron á creer que Jesus era el Mesías esperado muchos siglos ántes.

¡Pero este pensamiento pasó tan veloz como las nubecillas en Verano!

La duda se interpuso derrepente en su corazon, y comenzaron á ver á Jesus con envidia y con desprecio.—¡Cómo!, se decian unos á otros, ¡ha de ser el Mesías Este, que conocimos en el banco de José el carpintero; ayudándole á aserrar palos para ganarse un miserable sustento?

Esta y otras comparaciones semejantes escapadas á algunos de los nazareos, acabaron de exaltar los ánimos, ya predisuestos por la envidia, contra el Salvador.

El Mesías, segun ellos, debia descender á la

tierra, rico, opulento y poderoso; dominándolo todo con su poder; avasallando ciudades y reyes; conquistando cetros y coronas; cimentando, en fin, su dilatado imperio, sobre las ruinas del vencido y los laureles del vencedor.

Resolvieron, pues, humillar á Jesus, castigándole publicamente y arrojándole de allí como á un impostor, que osaba profanar la Sinagoga con una Doctrina, que ellos condenaban como falsa. Y acercándose á El, no solo le arrojaron de la Sinagoga, donde con tanta caridad y dulzura habia tratado de corregirles, sino que sacándole fuera de la ciudad, le llevaron á una alta roca, de donde trataron de despeñarle. Pero cuando iban á ejecutar atentado tan horrible, Jesus salió de entre ellos, sin que pudiesen dar un paso ni levantar un brazo para detenerle, y se alejó tranquilamente por una llanura, con direccion á Cafarnaun, diciendo al irse: "Nadie en su patria puede ser un Profeta."

Los nazareos dieron en esta vez contra Jesucristo, una prueba manifiesta de su ingratitud. Llevado de su amor, habia ido á impartirles el bien de sus primeras predicaciones; pero ellos, no solo, no le recibieron como á un compatriota suyo, sino que llevando su envidia hasta la infamia, trataron de darle muerte.

La ingratitud es un defecto horrible; y en mi modo de sentir, creo que debería figurar entre los vicios capitales que afean y mauchan la conciencia del hombre.

¡Cuántas consecuencias, y hasta crímenes trae consigo la ingratitud!

¡La ingratitud es la negacion del bien que se recibe; el olvido de la memoria misma; la horripilante carcajada, el sarcasmo sangriento arrojado al rostro del beneficiador; el acíbar amargo en el corazon de la caridad!

Ser ingrato, es ser peor que los animales, pues que de ellos tenemos mil ejemplos de gratitud; es negar al alma uno de sus mas bellos sentimientos; es desnudarla de un ropaje que la eleva mucho mas alto que los pedestales de los reyes.

El ingrato, semejante á un puchero que tuviese en el fondo un agujero, recibe todo lo que se le concede, sin guardar de ello nada. Pero el ingrato, por mas alto que la fortuna le coloque, tendrá siempre que bajar la frente ante sus benefactores, porque la conciencia le recordará constantemente que tiene una deuda que pagar, cuyo precio es la gratitud, tesoro arrojado por él al lodazal, como la margarita de la fábula.

SUPLICA

Mi Jesus y Señor, aparta de mi pecho la ingratitud, encendiendo en mi corazon la fé, el amor y la gratitud, para que jamás te desconozca, ni olvide los innumerables beneficios, que cada dia recibo de tu Mano. Amén.

CANTO X.

CAFARNAUN.

Junto á la fértil orilla

Del lago de Tiberiades,

Cual humilde cervatilla,

Hay una ciudad sencilla,

Célebre entre mil ciudades.

Crecen allí los cedrales

Y las palmas cimbradoras;

Y en un tapiz de trigales,

Se enlazan los cafetales

A los dátiles y moras,

Y en las linfas azuladas

De aquel lago que el sol dora,

Nadan patos en parvadas,

Y vuelan enamoradas

Blancas garzas de Basora.

El Líbano con sus crestas

Domina su casería;

Y en sus risueñas florestas,

Cantando pasan las siestas

Las palomas de Turquía.

Cintila la blanca luna

Entre horizontes de luz:

Y al pié de altiva aceituna,

Sin ostentacion alguna

Crece el humilde orozus.

Y el lago, sobre su lecho

De conchas y caracoles,

¡Ruje!.....y en perlas deshecho,

Deja caer de trecho en trecho

Sus oleajes tornasoles.

Cafarnaun, gentil y hermosa,

Con su cielo de colores,

Es, cual las palmas airosa,

Como su lago graciosa,

Y humilde como sus flores.

Pero Jesus la destina

Por centro de sus misiones;

Y del desierto camina

A darle de su Doctrina,

Las saludables lecciones.

Y allí su voz es oída

Con respeto y con cariño;

Y sus palabras de vida,

Van, de la madre querida,

Hasta el corazon del niño.

Hace milagros patentes

A la luz del claro dia:

Le siguen miles de gentes,

Ya al borde de los torrentes,
 Ya á la cañada sombría.
 De los lábios del Dios-Hombre
 Mana suprema dulzura:
 No hay allí quien no se asombre,
 De su alta ciencia sin nombre,
 Ante la palabra pura.
 La verdad va por su boca
 Como deslumbrante efluvio,
 Cual corre de roca en roca,
 Refrescando cuanto toca,
 El estruendoso Danubio.
 La humildad es su elemento;
 La caridad es su tema;
 La bondad su pensamiento;
 La pobreza su contento;
 Fé y esperanza su lema.
 Y Cafarnaun cariñosa
 Le escucha, le ama, le admira,
 Y absorbiendo cuidadosa,
 Doctrina tan portentosa,
 En sus raudales se inspira.

CAPITULO VIII.

¡HE ALLI EL CORDERO DE DIOS!

Jesucristo salió del desierto, á donde le habia llevado el Espíritu Santo; y donde permitió ser tentado del Demonio, cuando, despues de cuarenta dias de riguroso ayuno, comenzó á sentir el hambre.

Dirigióse á las campiñas, donde predicaba Juan Bautista la divinidad de Jesucristo á las turbas que le seguian. Tomó hácia la orilla derecha del Jordan; y fué á pasar á una distancia corta de Juan, por entre unas higueras corpulentas, cuya sombra abarcaba un gran trecho del rio, y cuyas raices se prolongaban hasta el arenoso cauce.

Pero Juan, á quien no podia ocultarse la presencia del Señor en aquellos sitios, por hallarse lleno de la gracia del Espíritu Santo, fijó los ojos en la cercana orilla, y dirigiéndose á sus discípulos, exclamó: “¡Hé allí el cordero de Dios!”

Al pronunciar el Bautista estas palabras, dos de sus discípulos, y que eran los que mas cerca de él se hallaban, fueron con precipitacion en seguimiento de Jesus, diciendo:

—No sea que desaparezca; y no volvamos á verle.